

El legado andalusí

Una nueva sociedad mediterránea

número 10
Año III • 2º Trimestre
3,01 €

Rilke y el paisaje
que no habla

Venecia, la tentación
de Oriente

Almanzor,
el tirano
ilustrado





La ambición por el poder de al-Mansur

El ascenso en la administración omeya de Almanzor pone de manifiesto una insaciable ambición personal para la que desplegó a lo largo de su vida una calculada estrategia

» Por VIRGILIO MARTÍNEZ ENAMORADO*



En la página siguiente, detalle de la arqueta de Leyre (Pamplona), realizada en 1005. El personaje barbudo del medallón lleva un cetro y en su dedo un anillo dotado de un disco que lo identifica como 'Abd al-Malik, hijo del visir al-Mansûr. Museo de Navarra, Pamplona.

“Uno de los florones de su imperio [de los omeyas] fue al-Mansur ibn Abí Amir. ¡Qué prodigio el de este hombre, que con sus incursiones por tierras de cristianos llegó hasta el mar Verde, que no dejó en ellas ningún cautivo musulmán y que, mientras vivió, reunió siempre el ejército de Heraclio y el valor de Alejandro!”.

Al-Xaqundi, *Risala fi fadl al-Andalus* ('Carta en elogio de al-Andalus')

Como se puede comprobar por este pasaje debido a al-Xaqundi, la mitificación de un personaje del talante de Almanzor se inició pronto. Los autores andalusíes contribuyeron determinadamente a la fijación del sello indeleble de caudillo del Islam que siempre acompañará al personaje. Más tarde, la historiografía hispánica se encargó de dar otra forma a esa idealización del andalusí invencible. En esa historiografía existen tres individualidades de nuestro fascinante Medioevo que reúnen en sí mismos con especial relevancia lo legendario y lo puramente histórico para conformar una miscelánea en la que resulta particularmente difícil discernir lo que pertenece a una u otra esfera. Son el rebelde muladí anti-omeya Umar ibn Hafsún que desde las montañas malagueñas mantuvo en jaque al poder omeya durante unos 50 años a finales del siglo IX y primer cuarto de la centuria siguiente, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, y el gran Almanzor. Poco es lo que tienen que ver estos personajes entre sí, si no es la fascinación ejercida por su actividad pública en la historiografía española. Y ahí radica el problema: la visión de una España medieval, que sólo ha existido en la mente fantasiosa de tantísimos historiadores y literatos, ha distorsionado hasta extremos inimaginables cada una de estas figuras y consecuentemente la historia de al-Andalus. También todos ellos coinciden en su relación estrecha por variados motivos con la cristiandad. De los tres, sin duda Almanzor representa la



figura por excelencia del gobernante tiránico musulmán, azote de la cristiandad hispánica y simultáneamente encarna la idea del buen gobernante, contradicción presente en la historiografía española desde la Edad Media.

Un ascenso vertiginoso

El ascenso en la administración omeya de Almanzor pone de manifiesto una insaciable ambición personal, para lo que desplegó a lo largo de su vida una calculada estrategia por etapas. Todo ello lo fue cumplimentando con precisa frialdad, marcando ritmos en la asunción de nuevas atribuciones públicas y en la eliminación de adversarios políticos. Desde su penetración en el gineceo omeya, hasta su nombramiento como *háyib*, desde la fundación de Madinat al-Záhira, hasta sus expediciones contra los principales centros cristianos (Santiago de Compostela o

Barcelona, entre ellos), todo estaba diseñado con antelación en lo que actualmente llamaríamos la agenda política a largo plazo de Almanzor. En ella estamos persuadidos de que también estaba escrito el paso definitivo de la asunción califal. El riesgo que entrañaba esa decisión le aconsejó no dar un paso definitivo que con toda probabilidad hubiera cambiado los designios de al-Andalus adelantando el período de los *muluk al-tawaif* ("reinos de taifas").

Protagonismo

Pocos dignatarios han protagonizado una promoción tan fulgurante en pos de una pretensión, el manejo del poder, como la que llevó a cabo a lo largo de sus 64 años de vida Almanzor. Y si consiguió lo que se propuso, dirigir al-Andalus a lo largo de varios decenios, ello se debe a que existía una sociedad donde había ciertas posibilidades de

promoción y una permeabilización social que permitía el paso de una categoría social a otra. Su absoluto protagonismo en la vida pública cordobesa en la segunda mitad del siglo X, eclipsando la figura del califa Hixam II, convertido en un juguete en sus manos, condujo a un gobierno unipersonal en el que no era fácil compaginar la legitimidad propia del califa omeya y el auténtico poder que residía en sus manos. De ahí que los autores andalusíes que describen la situación política del último cuarto del siglo X hablen de una auténtica usurpación de la actividad pública, de una apropiación indebida de la dignidad califal, hasta el extremo de que Almanzor llegó a proponerse como califa. De hecho, a su muerte en 1002 sus dos hijos, Abd al-Malik y Abd al-Rahmán, en aplicación del testamento paterno, van a intentar crear una línea dinástica distinta a la omeya, lo que ocasiona la primera ruptura que dará paso a un período de gran inestabilidad, antesala de los taifas.

A lo largo de su vida, su estrategia política fue diáfana: devaluar la figura del califa para ir acumulando poder, al tiempo que se iba deshaciendo de todos cuantos pudieran haber representado una oposición a ese amasamiento de influencias y prerrogativas, cada vez mayores. Llegó un momento en el que, parafraseando a Luis XIV, el Estado cordobés fue Almanzor. Todo ello, en la fase de máximo esplendor político y militar del Califato. Tanta había sido su concentración de atribuciones públicas que se puede decir que disponía a su antojo de un Estado entero, de enorme complejidad interna, en el que las promociones o las defenestraciones en el aparato burocrático dependían en exclusividad de su voluntad, arbitraria o concienzudamente desplegada. Podemos imaginar la parálisis que ello ocasionó en la burocracia califal, en la que nadie podía brillar, ni siquiera tímidamente, ante el fulgor paralizante de Ibn Abí Ámir.

Cuatro vistas del bote de marfil de al-Mugíra. Museo del Louvre, París.



La biografía de Muhammad ben Abí Ámir, conocido más tarde con el apelativo de al-Mansur, resume como pocas una época plagada de acontecimientos, la segunda mitad del siglo X. Nació en una localidad de las dependencias de Algeciras llamada Torrox en el año 938. Miembro de una familia implantada en la región algecireña desde la conquista, él mismo reivindicaba un noble pasado árabe. Para un joven con pretensiones originario de provincias, el porvenir de prestigio y fama que anhelaba sólo pasaba por la capital cordobesa, donde comenzó a trabajar como auxiliar de notaría desde 967. Al año siguiente, pasó a desempeñar un cargo que le permitirá ingresar en la administración califal, donde progresivamente irá acumulando distintas responsabilidades: director de la ceca cordobesa, tesorero y curador de sucesiones y cadí de Niebla y Sevilla. Su fulgurante ascenso no acaba ahí y en julio del año 970 pasa a regir directamente la administración de los bienes

del príncipe heredero Hixam, con lo que entra en contacto directo con la familia califal y con el aparato del Estado omeya. Parece ser que en esta promoción tiene mucho que ver su relación amorosa con la madre del califa, Subh. En 972 es cesado como director de la Casa de la Moneda, pero, a cambio, es nombrado *sáhib al-xurta* (Jefe de la Policía) de la Marca Media. Un año después, es nombrado intendente general y cadí supremo de los territorios omeyas en el Magreb. Con el fallecimiento en 976 del califa al-Hakam II, Ibn Abí Ámir asesina al pretendiente al-Mugira, siendo entronizado Hixam II, por aquel entonces un niño. Comienza asimismo a resplandecer la actuación militar del que pasados los años se autodenominará Almanzor. En 977 realiza la primera expedición victoriosa de Ibn Abí Ámir en tierras de León. Asume el título de *sáhib al-madina* (Prefecto de la Policía) de Córdoba. Un año después, contrae matrimonio con Asmá, hija del gene-





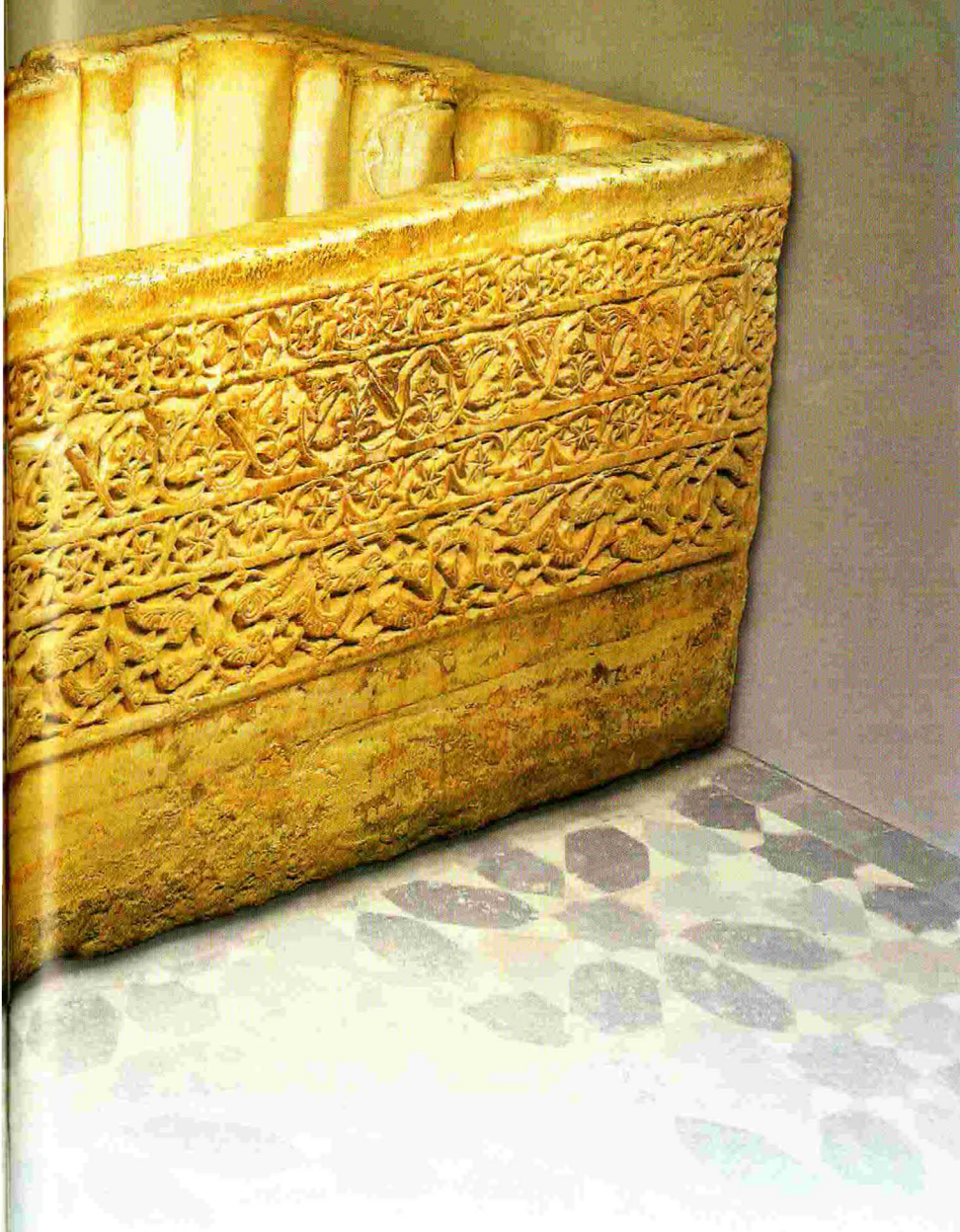
ral Gálib, con lo que se asegura su apoyo. Obtiene por fin el título de *há-yib* (chambelán o primer ministro). Conforme va ganando influencia, van surgiendo nuevos enemigos. En 979 logra descabezar una conjura dirigida contra Hixam II. En esas fechas, manda iniciar las obras de la que será su ciudad palatina de *Madinat al-Záhira*, construcción urbana con la que trata de emular a Abd al-Rahmán III cuando construyó *Madinat al-Zahrá*. Aumenta su influencia en el norte de África con el envío de un ejército, al tiempo que acomete una profunda reforma en el ejército destinada a restar poder a la casta militar tradicional y anular la estructura tribal aún predominante en el seno de la milicia. En 981 vence en batalla a su suegro Galib, ya por entonces enemigo declarado, que había buscado la alianza del conde de Castilla y del rey de Navarra. Para mantener aislado al califa Hixam II, traslada la administración y los órganos de gobierno a *Madinat al-Záhira*. Ese mismo año se otorga el título de *al-Mansur* (el Victorioso) y de ahí el apelativo "Almanzor" con el que es conocido por los cronistas cristianos.

El Legado Andalusí



Campaña militar

En 985 Almanzor dirige desde Algeciras la campaña militar contra el idrisí Ibn Qannún, así como la expedición contra Barcelona, tomando



Pila de mármol tallado con decoración esculpida y grabada, con el nombre de 'Abd al-Malik, hijo de Almanzor. Museo Dâr Si Saïd, Marrakech.

y saqueando la ciudad. Las expediciones contra los cristianos comandadas por Almanzor se suceden: en 987 contra Coimbra y León y en 997 contra Santiago de Compostela, entrando victorioso en el célebre centro de peregrinación, acto que fue considerado como un ultraje desde finales del siglo X. En 991 cede a su hijo 'Abd al-Malik el título de *háyib* y por esas fechas se inician las obras de ampliación de la mezquita aljama de Córdoba, con las que Almanzor pretendía igualarse con los gobernantes omeyas anteriores. En 993 se produce el matrimonio de Almanzor con la princesa Teresa, hija del rey de León Bermudo III. En 998 nombra a su hijo 'Abd al-Malik gobernador de los territorios omeyas en el Magreb, convertidos de hecho en dependencias de al-Andalus. En 1002 fallece en Medinaceli, donde es enterrado. Aunque la leyenda adjudica su muerte a una derrota militar ("En Calatañazor perdió Almanzor el atambor ...") ésta en realidad no se produjo y su muerte cabe achacarla a una enfermedad. Le sucedió en el cargo de *háyib* su hijo 'Abd al-Malik.

Se acaba ahí la trayectoria de alguien a quien únicamente fue capaz de vencer la muerte. A partir de ese momento comenzaba la leyenda. ♦

*VIRGILIO MARTÍNEZ ENAMORADO es
Doctor en Historia Medieval

